

piano: el arreglo que se nos ofrece en banda es muy justo. El adagio posee una inmensa fuerza evocativa: tiembla la luna sobre las masas de los árboles: ríela más tarde sobre el agua del divino Danubio y se diluye en escalas: se engolfa en el secreto de las almas: el músico habla al oído de la amada: teje ensueños misteriosos y líricos: desgrana su corazón en arpegios: es él, es él, el enamorado, el Pierrot de Colombina, Giuletta Guicciardi. Algunas veces, en la tranquilidad de una noche del trópico de las nuestras, mientras dama Luna se divierte en hacer plata las aguas de nuestra bahía, el Dr. Méndez Pereira y el que os habla han escuchado el adagio de la sonata cuasi fantasía surgiendo de los dedos de Bauer en el "Ampico": en el sillón hundidos, quizá ojearemos versos de Juan Ramón.....

La Sinfonía en si bemol, la cuarta, está escrita por Beethoven de un tirón, interrumpiendo la tercera, en mi bemol. Era en Mayo de 1806: la felicidad se le había revelado al entrar en relaciones con Teresa Brunswick, quien lo amaba desde hacía largo tiempo. La cuarta sinfonía es una flor pura que guarda el perfume de los días más tranquilos de la vida de Beethoven. Si alguna de las sinfonías beethovenianas se agarra a la tradición es esta en si bemol: el espíritu cosiliador, nacido del amor, obraba sobre sus modales y manera de vivir. El carácter de la cuarta sinfonía es en general vivo, alegre, de una dulzura celestial. Exceptuando el adagio meditativo que sirve de introducción, el primer tiempo, que se el que vais a escuchar, está casi por completo consagrado a la alegría. El motivo en notas destacadas con que comienza el allegro no es sino un proyecto sobre el cual el autor distribuye enseguida otras melodías más reales, que hacen resultar accesoria la idea, en apariencia principal, del principio. Ese artificio, advierte Berlioz, había sido usado con felicidad por Mozart y por Haydn. Mas en la segunda parte del mismo allegro se encuentra una idea verdaderamente nueva, cuyos primeros compases cautivan la aten-

ción y que después de haber arrastrado el espíritu del oyente en sus misteriosos desarrollos le admira y asombra por efecto de la inesperada conclusión. Veamos en qué consiste. Después de un "tutti" bastante vigoroso, desmiembran los instrumentos en todo menor el primer tema y forman un juego dialogado pianísimo con los segundos metales, sustitutos de la cuerda, que vienen a concluir sobre dos suspensiones del acorde de séptima, dominante del tono de Si natural. Los tímboles tienen una leve intervención para reaperecer en una verdadera tónica, continuando el trémulo en una docena de compases. El final es un "forte" general en que el acorde perfecto en Si bemol se establece en plena orquesta y en toda su majestad. Este crescendo en uno de los efectos musicales más portentosos que se conocen, no es comparable más que con el "scherzo" de la sinfonía en Do menor, la quinta. En cuanto al prólogo en adagio, supera a todo análisis: es tan puro en sus formas, es tan angélica y de tan irresistible ternura la expresión de su melodía, que el arte prodigioso de ponerlo por obra desaparece por completo, afirma Berlioz, el gran estudioso de las sinfonías. Oído.

El madrigal es un balbuceo beethoveniano: escrito para piano y soprano en un primer estudio de voces, cuando el autor contaba apenas once años, se ha arreglado para flauta y piano: es lo que pudiéramos llamar el primer intento de lied del genio de Bonn: se notan en el ensayo indecisiones y en medio de ellas, la chispa genial que salta, a la manera de un relámpago, iluminando el todo: es una delicada curiosidad: hay en el lied tristeza: es necesario pensar en los años infantiles de Beethoven, en las inquietudes domésticas, en el suplicio del estudio de la música impuesto por su padre, en el terror a los malos tratos, en el amor a su madre, víctima en aquella pobre buhardilla del pueblecito a orillas del Rhin: tal vez este lied conserve los primeros atisbos de su simpatía por Lorchen Bruening.

El minueto en G es una de las obras de Beethoven más conocidas: tiene la gracia de toda la creación beethoveniana a la que se añade una agilidad frívola que no es común: estas pequeñas confidencias de concierto sin duda están hechas como encargo de alguna persona querida, para complacer a un amigo: sin embargo en todas ellas vibra el genio: el minueto en G es de las escasas notas voluptuosas de Beethoven y aún esa voluptuosidad es deliciosamente ingénuo y pensativa.

La Quinta Sinfonía, en Do menor, es una tragedia clásica, uno de los frutos más maduros del genio beethoveniano: debió de escribirla hacia 1807. El adagio, denominado por Beethoven Andante con motto, presenta algunas relaciones de carácter con el allegretto en “La menor” de la séptima sinfonía, y aún con el en “Mi bemol” de la cuarta. Es melancólicamente grave con el primero y conmovedoramente gracioso con el segundo. La frase de los instrumentos de viento se repite desde el principio hasta el fin del tiempo. Esta persistencia de la misma frase, que se presenta siempre en su sencillez profundamente triste, produce poco a poco en el alma del oyente, una impresión indescriptible, que sin duda es la más fuerte que de esta naturaleza cabe experimentar. Tiene este tiempo efectos armónicos, de enorme valor para la elegía sublime: tales la suspensión de flautas y clarinetes al agudo sobre la dominante Mi bemol, mientras la madera baja se agita en el grave, y la frase incidental ejecutada por flauta, oboe y dos clarinetes, que giran en movimiento contrario. No insisto en el comentario de este pezzo sublime, escuchadlo y lo sentiréis en el alma.

Y llegamos al final de este recorrido por la obra incomparable del sordo de Bonn: La marcha *A las ruínas de Atenas* nos hará saborear las últimas notas del concierto: es una marcha brillante de ese estilo único de las marchas beethovenianas: son de una riqueza temática revolucionaria.

ria: el genio lleva en sí la fuerza de un político: es arrebatador, mas se ensimisma rudamente porque es sincero: sangra su alma en cada obra: así Beethoven, así Dante, así Leonardo, así Goethe.

Mi frase de clausura sea de agradecimiento para el Maestro Galimany, cuya es la idea de esta serie de conciertos; para los profesores de la banda, colaboradores eminentes; para el Rector del Instituto Nacional, el Dr. Moscote, corazón sensible, enamorado del arte; para el Dr. Octavio Méndez Pereira, artista, coleccionador de sensaciones, esas sensaciones que son la vida, porque la vida nada vale sin ellas... que Beethoven nos diga su nota inspirada.

VELADA CELEBRADA EL DIA
27 DE NOVIEMBRE

Glosas Musicales

Por Augusto Arjona

Cuarteto Op 45.—*Allegro Molto*.—Gabriel Fauré

El *Allegro Molto* del Cuarteto Op. 45 de Gabriel Fauré es el movimiento con que el autor da fin a este bellísimo número de música de cámara. En él, siguió la forma cíclica; y cosa muy particular, en él aparecen como haciendo una reminiscencia de los movimientos anteriores, todos los otros temas musicales del cuarteto, transformados de manera maravillosa. Esta transformación rítmica que sufren los temas y el hecho de que se presentan en tono mayor, da una nota de alegría y de viveza a la música pesante y triste en que se desarrolla todo el cuarteto.



Siguiendo estrictamente la forma de los movimientos iniciales, se encuentra también en el movimiento final, esa intimidad especialísima entre la melodía y la armonización, que las hace inseparables.

Como lo está indicando el *Allegro Molto*, este es vivo y de una gran elasticidad en la variación. De un tema pasa a otro por medio del recurso que le brindan las combinaciones armónicas y de éste, al siguiente.

La música de este cuarteto tiene la especialidad de ser muy noble y de poseer un poder de atracción especial que subyuga a cuantos la oyen. De allí que haya quienes consideren a Fauré como uno de los magos modernos del arte musical; y este concepto es muy justo y merecido, para

quien como él conmueve por el poder de su arte y de su música las fibras más sensibles del alma humana.

Si hay quien quiere gozar de las delicias y de los encantos de la música francesa moderna, que escuche a Fauré; y que extraiga de cada uno de sus poemas todo el almíbar exquisito que en ellos se encierra. Porque las composiciones de Fauré son ánforas de miel en donde van a endulzar las amarguras de la existencia, aquellos espíritus selectos, que buscan en la música los secretos y los goces verdaderos del alma; ya que la música como producto inmaterial es el arte que más se acerca, por no decir el que se acerca en un todo, al reino del ideal más puro y sano.

Mozart.-Danza Alemana.-Cello solo

Por Walter Myers

Mozart, uno de los más grandes músicos de la Humanidad, demostró su talento musical a la tierna edad de tres años. Cuando contaba apenas cinco, era un concertista, y era un adolescente apenas, cuando su genio descollaba en la composición. Pero así como su infancia y adolescencia pasó en medio de la mayor opulencia, su vejez fue desastrosa y pobre. Conocedor profundo de los secretos de la armonía, Mozart produjo verdaderas joyas de arte.

Compositor de una profundidad poco común, que abordó todos los géneros conocidos en el arte de la composición musical, cultivó también el de la músicaailable para grande orquesta, para cuartetos y para tríos. La primera de esta clase de composiciones que vio la luz fue una

Contradanza, para grande orquesta que publicó en Salzburg

Contradanza siguieron
un minueto y un
Danzas Alemanas.

en el año de 1776. En 1784 a esta
dos cuadrillas consistentes cada una e
allegro; y en 1787 publicó sus célebres

De este género popular que cultivó el gran Maestro y que culminó con sus Danzas Alemanas, movimientos de minueto de las cuales se ha hecho una transcripción para violoncello, en este instrumento resultan exquisitas desde luego que ellas se prestan para una ejecución lucida y brillante.

Número cautivador éste en un instrumento que como el *cello* despierta en el oyente el más profundo encanto. La característica del tema, de por sí ameno, unida a la flexibilidad del movimiento bailable del minueto hacen de la transcripción de las Danzas Alemanas de Mozart, un número divino. Si la música de ellas es subyugadora, tanto más lo ha de ser en un instrumento que como todos los que se pulsan y se hacen vibrar con el arco, se prestan a que al ejecutante ponga en ellos mucho de su alma.

“Berceuse de Jocelyn.”--Godard.--Violín Solo

Por la Srta. L. Calamita

Este exquisito número tomado de la ópera de Benjamín Luis Pablo Godar, titulada *Jocelyn*, es un canto infantil, y podríamos decir sin equivocarnos, que es el único número que ha sobrevivido a su obra, que si es meritoria, no deja de tener el pecado de ser casi incomprensible.

Como todos los cantos infantiles, el *Berceuse de Jocelyn* nos habla del amor, mimos y cuidados que la madre tiene por su hijito al nacer. El corazón de ella se siente palpar de emoción y de pasión en cada cadencia de esta melodía angelical y dulce, cuya belleza espiritual ha hecho que en el círculo de los aficionados al arte musical, se le dé un puesto importante por el sentimentalismo y por el encanto que despierta en el alma del oyente.

La popularidad de este Berceuse es tan grande, que no

se encuentra instrumento cantante alguno, para el cual no se haya hecho una transcripción. En el violín, que es el Rey de los instrumentos por su fuerza emotiva y por el hecho de que se presta más a la expresión, resulta un número de un grande atractivo por su delicadeza, por su sentimiento y por su incomparable dulzura, que se filtra hasta lo más íntimo del corazón.

Como número para elevar el espíritu por medio de sentimiento a las regiones del ideal, el *Berceuse de Jocelyn* no tiene precio. Por eso será siempre atrayente y por eso también será siempre oído con fruición indecible.

Para violín es el *Berceuse* de un efecto enorme. La transcripción hecha para este instrumento, lo mismo que para todos los cuales se ha transcrito, tiene una preciosa cadencia, que para que resulte bella, necesita ser ejecutada con una grandísima limpieza. Este trozo es quizás la parte más efectista de todas las transcripciones hechas de este canto de la ópera de Godard.

Vida y obra de Leonardo de Vinci

Por Lola Collante de Tapia

Señoras, señores:

Es esta la quinta conferencia sobre Historia del Arte, que por petición del Rector del Instituto, hago aquí. Siendo como es, un tema predilecto para mí, no he vacilado en aceptar la nueva invitación mereciendo por la frecuencia en ocupar la tribuna del Instituto, que el Dr. Moscote me haya calificado, graciosamente, como la conferencista regular del Instituto, lo que yo tomo como es: una regular conferencista, que hace conferencias regulares.

Lo malo es que, generalmente, no me ciño a lo regular cuando discuro, sino que en un salto inaudito como el de Teodoro Banville, suelo rasgar el azul plafondo del cielo, mientras mis oyentes esperan resignados, mi regreso al tema, al *leit-motif* que debe correr a través de todas las disertaciones.

Quizá a esta inquietud espiritual mía, se debe que mis conferencias rompan el molde común y se conviertan en pláticas más o menos movidas.

Esta noche hablaré sobre Leonardo da Vinci, presentándolo, a grandes rasgos, en algunas de sus múltiples actividades.

Fué Leonardo, precisamente, uno de los pintores cuatrocentistas que estudió en la Universidad de Roma, bajo la guía del Profesor Adolfo Venturi y uno de los que más entusiasmo despertaron en mí.

Recuerdo la trémula emoción con que ví reflejadas en la pantalla, en el Aula Máxima de la Universidad, primero los dibujos de Leonardo, los infinitos y atormentados bocetos que su impaciencia de artista, trazaba antes de resolverse a intentar una obra definitiva; los estudios sobre anatomía infantil, tema que sólo él, por haber sido un hombre de ciencia, supo tratar con maestría, legándonos esas seducientes cabecitas del niño Jesús y del San Juan infante del Louvre y del niño que emprende el vuelo, de la pinacoteca del palacio Barberini, en Roma y luego La batalla de Anghian, la "dama del ermellino", "La Gioconda" y finalmente, el "San Juan", su última obra, que presenté aquí en una de mis conferencias de principios de año.

Pero no quisiera internarme en mi disertación leonardesca, sin antes detenerme ante la personalidad del Profesor Adolfo Venturi y sobre lo que la Italia y los estudiosos del mundo entero, le deben a este hombre ilustre, modesto como todos los genios, infatigable, erudito y apasionado por la Historia del arte. Tanto como Enrico Ferri en la Ciencia Penal, Venturi ha atraído la atención de la

Europa investigadora y de la América del Norte, en donde Berenson, el monografista americano de los pintores italianos del Cuatrocientos, solicitó su autorizada opinión sobre algunas obras, especialmente cuando se suscitaron discusiones respecto al cuadro de la Chicuela coqueta del museo de Nueva York.

A Estados Unidos, como a Alemania, a Francia, a Inglaterra, a España, a Austria y a Rusia, adonde quiera que la huella de un cuadro o de un artista, puedan servirle de eslabón a la cadena maravillosa de su Historia del arte, se ha encaminado el Profesor Venturi, dedicándole a esta tarea su vida, su fortuna y su reposo.

Hace cuatro años estuvo a punto de perder la vista, demasiado esforzada en descifrar pergaminos, en leer inscripciones, en estudiar monumentos y en seguir los leves trazos en cuadros y cartones. Fueron días verdaderamente oscuros para el Profesor que había sufrido dolores hondos de familia, con valentía, sólo porque tenía el gran consuelo del estudio a mano. Gracias a los pacientes y minuciosos esfuerzos de los mejores oculistas italianos, pudo alejarse el peligro. Sin embargo, siempre lo ví llegar al aula, apoyada su majestuosa figura de patriarca, en el hombro de su hijo o del brazo de su hija, una bellísima muchacha de veinte años.

Hace poco lo hicieron Senador del Reino, distinción que se hace en Italia, sólo a los hombres de grandes méritos y la multitud que acude de todas partes del mundo a escuchar sus conferencias es tal, que es el único profesor de la Universidad Real de Roma que utiliza para sus lecciones el aula máxima, porque las otras aulas resultan estrechas para contener a nacionales y extranjeros, que llegan deseosos de escuchar sus eruditas conferencias dictadas en un estilo impecable, porque Venturi es, además, un artista de la frase.

El Profesor Venturi ha aportado a la Historia del arte italiano valiosísimo contingente. Muchas obras que yacían

esparcidas por los museos de Europa, bajo el nombre de pintores mediocres, han sido reconocidas, merced a él, a sus verdaderos autores; así como ha levantado la ignominia que pesaba sobre el nombre de artistas eximios, como sucedió con la Flora del Museo de Dresde, atribuida a Leonardo y la Madonna del garofano (la virgen del clavel) de Leonardo, en la galería de Mónaco, atribuida a Lorenzo di Credi, compañero de aquél, y El Orfebre, uno de los más hermosos cuadros de Leonardo, olvidado en un rincón, durante largos años, en la galería Pitti de Florencia, descubierto y estudiado por Venturi que reconoció en él el estilo de Leonardo y que había sido atribuido a Domenico Ghirlandajo con esta expresión: "Ghirlandajo es un leonardesco", cuando Domenico Ghirlandajo nació dos años después de haber Leonardo ejecutado El Orfebre, en 1482.

La obra del Profesor Venturi sobre Historia del arte italiano, consta de muchos volúmenes, con preciosas ilustraciones y está agotada. Cuando yo estaba todavía en Italia los periódicos comentaron, con gran alarma, que habían desaparecido, de manera misteriosa, seis volúmenes de la obra, de la única colección que el Profesor conserva en su biblioteca y otros seis de la biblioteca Victorio Emanuele. Naturalmente, la Oficina de Investigaciones, se puso en movimiento y los indicios recayeron sobre un joven, de origen alemán, estudiante fervoroso e inteligente, admirador de Venturi hasta el delirio, que solía ir a consultar al profesor a su casa. La prensa, como era lógico, no dió el nombre del joven; pero sí se dijo que Venturi, enterado de los detalles, pidió la suspensión de las investigaciones.

La vida de Leonardo da Vinci fué tan agitada y multiforme, tocóle actuar en una época tan saturada de supersticiones, y tan sacudida por los sucesos políticos, que es imposible distinguir el hilo que corre a través de ella. Fragmento a fragmento, este hilo maravilloso va reconstruyéndose, merced a los hombres de estudio y principal-